

algunos de los mas ilustres prelados de su reino manifestaba bien que aun no estaban llenos sus deseos y que no desistiria de suplicar á Su Santidad hasta que definiese absolutamente el artículo de la Concepcion. No por eso dejó de dar rendidas gracias al papa y á los cardenales, aunque tampoco les ocultó que esperaba algo mas y confiaba que aquella señora de cuya honra se trataba, dirigiria la cuestion hasta su resolucion definitiva. Desde luego con ánimo de determinar á Su Santidad dispuso otra embajada, para la que nombró primeramente al obispo de Cartagena y luego al duque de Alburquerque, virey de Barcelona, á quien dió sus instrucciones y cartas para el papa y los cardenales, no solo suyas, sino de todos los prelados, señores, cabildos, universidades y colegios y de casi todas las religiones de sus reinos, para que el padre santo conociese así claramente cuál era el voto general de la iglesia de España. Mientras los embajadores cumplian su encargo en Roma, el rey que queria servir de todas suertes á la reina del cielo, escribió al patriarca de las Indias D. Santiago de Guzman que le enviase las constituciones de la cofradía de la inmaculada Concepcion instituida por el emperador Cárlos V en Sevilla, porque queria erigirla en Madrid en el monasterio de las Descalzas reales, donde su tia la infanta doña Margarita se habia consagrado al servicio de Dios. El patriarca obedeció prontamente. Así dispuestas todas las cosas el rey con sus dos hijos, las infantas y todos los criados de la casa real, los grandes de España, vireyes, títulos y otros señores de cuenta, muchos colegios y universidades, ciento y ochenta conventos de hombres y mujeres y mas de veinte mil personas de todas edades y condiciones se alistaron en la cofradía é hicieron voto de defender siempre la piadosa creencia de la inmaculada Concepcion, que la iglesia les permitia abrazar. En esto el papa Paulo V pasó á mejor

vida, y tambien el rey de España fué á recibir el premio de su piedad el último dia de mayo del año 1621, habiendo manifestado claramente á todos el sentimiento que tenia por no dejar terminada aquella causa, en cuya pronta y feliz terminacion estaba tan empeñado. Se acusó de no haber empleado bastante diligencia y zelo y protestó reiteradas veces que en el caso de recobrar la salud obraria con mas presteza é interés y emprenderia á pie el viaje á Roma, si creia adelantar algo por este medio. Es de presumir que la madre de clemencia, que le habia prosperado tanto y dado tales muestras de cariño en vida, no habrá dejado de pagar sus servicios despues de su muerte proporcionándole en el cielo el honor que él le tributaba en la tierra.

Felipe IV.

XX. Felipe IV, sucesor de su padre en el reino, heredó tambien de él la devocion á Maria santísima. A poco de ocupar el solio envió de embajador á Roma al conde de Monterey encargándole el seguimiento de la causa como si fuera el único negocio que tenia que tratar. A este fin escribió al papa y á todos los cardenales haciéndoles ver palpablemente que se habia adelantado poco para terminar las disputas y suplicándolos con el mayor encarecimiento que concluyeran la causa para el sosiego de toda la cristiandad. Las vivisimas instancias que se hicieron al papa Gregorio XV, sucesor de Paulo V, le movieron á expedir un nuevo breve á 24 de mayo de 1622, por el que prohibió que de allí adelante ninguno defendiese la opinion contraria á la inmaculada concepcion ni aun en las conferencias privadas y en las conversaciones familiares. El rey no dejó de continuar sus súplicas á Urbano VIII, para que definiese como artículo de fé esta piadosa creencia de toda la iglesia. Es necesario aguardar la

disposicion del cielo, que sabe las épocas de todas las cosas y les da sus períodos. Entretanto esperemos que la reina del cielo en premio de tan buenos servicios mirará con ojos benignos á este principe, le concederá las bendiciones que el papa Gregorio le deseaba por su breve de 4 de junio de 1622 y le alcanzará la gracia de reducir á la fé católica los enemigos de la iglesia.

Alfonso I de Portugal.

XXI. Pasando á tratar de la piedad de los soberanos de este reino limitrofe de España comenzaré por Alfonso, primero de este nombre y el primero que llevó el título de rey despues de la separacion de aquellas dos naciones. Fué un principe dotado de todas las prendas propias de un rey, y yo podria decir de él que la virgen Maria le eligió en la cuna y le adoptó sobre el altar; porque en su niñez fué contrahecho y tenia las piernas sumamente torcidas y los talones pegando el uno con el otro; desgracia que traía muy afligido á su padre el conde Enrique. Este señor temia que su hijo viviese reducido á la triste situacion de no poder menearse de una silla. Mas el bueno de Egas de Monis, noble caballero, guiado por secreta inspiracion del cielo, rogaba con todo encarecimiento al conde que pusiese en sus manos al niño. En este intermedio se apareció á Egas en sueños la Virgen santísima y le ordenó llevar el niño al monte Carquere junto al rio Duero, donde encontraria las ruinas de una capilla antigua dedicada á ella, y que despues de limpio de escombros el sitio hallaría una imágen suya y un altar, sobre el cual habia de poner al niño contrahecho pasando en oracion una parte de la noche. Añadió á mas que le encomendaba la educacion de aquel niño, porque ella queria ser su buena madre, y su amado hijo deseaba valerse de él para promover su gloria y destruir la

impiedad. Habiendo cumplido Egas puntualmente las órdenes del cielo, el niño al poco tiempo comenzó á mover los pies y las manos y manifestar con extraordinaria alegría lo que le habia sucedido. Egas, que estaba siempre al acecho, lo advirtió al punto, y acudiendo los que estaban con él, gritaron todos milagro y bendijeron á Dios y á la Virgen por tan portentosa curacion. Cuande el conde Enrique supo el suceso, concibió una tierna devocion á Maria santísima y conoció que aquel niño estaba destinado á defender la religion y promover la honra de la Virgen, á quien erigió en el mismo sitio una iglesia con un convento de canónigos reglares de S. Agustin.

XXII. Alfonso que por un lado tenia á la vista los buenos ejemplos de piedad de su padre y su ayo y por otro estaba eficazmente prevenido con las bendiciones del cielo, iba captándose cada dia mas el favor de su madre Maria, y esta tenia tan particular cuidado de él, que claramente se le veia medrar bajo los auspicios de su protectora. Conquistó innumerables ciudades y abatió infinitas veces á los enemigos de Dios y de la iglesia. Entre otras derrotó el año 1139 en la jornada de Oriquia al rey de los moros Ismaro, que capitaneaba un temible ejército, en términos que se cree que por cada cristiano habia á lo menos cien infieles. El dia antes de la batalla se le apareció el Salvador clavado en la cruz y le dió por armas sus cinco llagas, que los reyes de Portugal han usado siempre desde entonces: tambien le prometió la victoria y el reino. Pronto se verificó esto, porque habiendo derrotado á aquella muchedumbre de mahometanos le proclamó rey su ejército victorioso, y el papa Alejandro III le confirmó el título en el año 1179. Otra vez (en 1147) asistido de algunos valientes capitanes franceses deshizo á mas de doscientos mil moros que se habian enseñoreado de Lisboa y la comarca, y en otros diversos reencuentros los puso

en rota hasta limpiar de ellos el país. Pero merece especialmente saberse lo que aconteció en el año 1181. Queriendo prevalerse el rey moro de Sevilla de la ocasión, porque Alfonso tenía muchos enemigos á que atender, resolvió embestir á Santarem con un fuerte ejército de granadinos. Inmediatamente se preparó Alfonso á cortarle el camino y para hacerse mas digno de la asistencia de la Virgen y de los ángeles pasó en oración la noche anterior al reencuentro. Al dia siguiente en lo mas recio de la pelea muchos soldados y capitanes advirtieron que un brazo alado seguía al rey á donde quiera que avanzaba, y que destrozaba cuanto se le ponía por delante en el ejército enemigo. No puedo afirmar si aquel brazo era el de la poderosa capitana de los ejércitos del Señor ó el del principe de los ángeles san Miguel enviado de socorro por ella: lo que sé es que á poco tiempo Alfonso en reconocimiento de este favor extraordinario instituyó una orden de caballería titulada del Ala, porque tenía por divisa una ala roja en un cerco de oro.

XXIII. Este principe hubiera sido muy ingrato, si no se hubiese esforzado á pagar tantos beneficios á su buena madre. Por esta razon publicaba con palabras y obras que era su siervo reconocido: infundia á todos sus criados la devoción á la Virgen: recurria á ella en todas sus necesidades; y protestaba de diferentes modos que á ella era debido el honor de todas sus conquistas. Despues de la jornada de Santarem edificó y dedicó á nuestra señora la iglesia de Alcobaza con un monasterio del orden del Cister, donándole todo el término que hay desde Leiria hasta el mar, y dotándole con rentas muy pingües y para tal número de monjes, que podían cantar las alabanzas de Dios en el coro de dia y de noche sin ninguna interrupcion. Además empezó á levantar la iglesia de Ceica (concluida por su hijo San-

cho) con la ocasión que diré. Habiendo salido muy pensativo un dia de su palacio trató de distraer el fastidio paseándose á la orilla del Mondego, cuando fueron á decirle que no lejos de allí había una capilla de la Virgen. Esto bastó para determinarle á ir allá, y á la verdad no podía ofrecerse mejor coyuntura para desahogar su pecho en aquel santuario de la madre de todo consuelo. En el camino aconteció que uno de su servidumbre echó á correr á rienda suelta tras de una liebre, la que metiéndose entre unas matas fué causa de que el caballo tirase al jinete contra un árbol: de allí le levantaron todo estropeado, y creyendo que le quedaba poca vida se pensó en conducirlo á la próxima capilla. Este fatal contratiempo renovó la llaga del corazón de Alfonso, que comenzaba á cerrarse. Así se dirigió muy abatido hácia la capilla y allí derramó su corazón según costumbre ante la sagrada imagen. No tardó mucho en advertir que se mitigaba su mal, y para que nada faltase á su contento, el hombre á quien se tenía por muerto, comenzó á moverse poco á poco y á hacer uso de sus miembros y por fin se levantó bueno y sano. Este milagro movió al rey á echar los cimientos de una hermosa iglesia en lugar de aquella capillita; pero habiéndole sorprendido la muerte dejó á su hijo el cuidado de acabarla. ; Singular efecto del bondadoso corazón maternal de la Virgen! Cuando toma cariño á uno, no le abandona jamás. Así el que hemos visto hasta aquí coronado de laureles, llegó á una edad decrepita (murió á los noventa y un años) siempre querido de los suyos, temido de los enemigos y admirado de todos por su valor, su justicia, su munificencia, en una palabra por las maravillas que Dios obró en él y por él en vida y despues de su muerte. Nada puede añadirse á semejante dicha.

Juan I.

XXIV. Aquí tenemos otro que nos pondrá en un apuro, si hemos de resolver quién de los dos se llevó el premio de la madre de Dios. Hablo de Juan I, apellidado de buena memoria. Era hijo bastardo de Pedro I de Portugal y subió al trono por los medios de una providencia muy extraordinaria. Nació el año 1350 y tuvo por ayo á D. Nuño de Andrade, caballero de Avis, á cuyas instancias fué creado Juan gran maestre de la órden. La reina Leonor, mujer de Fernando I, hermano de Juan, que aborrecia á este de muerte, le tenia preso en Cuora, donde intentó quitarle la vida, y lo hubiera logrado si Dios y la Virgen que le tenían destinado para grandes empresas, no hubiesen desviado el golpe. Muerto Fernando, se dió á Juan primeramente el título de defensor de la patria y luego el de rey; lo cual sentó tan mal á Leonor, mujer de perversa indole, que resolvió llamar á Juan de Castilla, quien aspiraba á la corona de Portugal, para que la tomase cuanto antes. En efecto el castellano acudió de improviso con un fuerte ejército pensando sorprender á Juan, que acababa de salir del encierro. Este pobre príncipe juntó tumultuariamente y como pudo algunas tropas, que no bastaban para hacer cara al monarca de Castilla si el cielo no hubiera acudido á protegerle. Así es que él no habia puesto la confianza en sus soldados, sino en el brazo del Omnipotente y en la asistencia de la virgen María, á quien amaba tiernamente y habia elegido por su madre y señora desde la niñez. Mandó celebrar el santo sacrificio en su campamento y que se confesasen todos, y preparado de esta manera marchó á buscar al enemigo en una llanura situada entre Leiria y Aljubarrota la vispera de la Asuncion del año 1386. Presagió bien de este día y del favor de su protectora, la cual en

menos de una hora le alcanzó la victoria con la muerte de dos mil castellanos y la fuga de los otros, no habiendo perdido él mas de cincuenta de los suyos. En el mismo dia llegó á Lisboa la nueva de la victoria sin haber podido saber quién la llevó. El rey para no parecer ingrato á tan señalado beneficio ordenó cuanto antes una solemne procesion, á que asistió él con el clero y la nobleza y muchísima gente. Delante marchaban cuatro de las principales banderas cogidas al enemigo y muchos guiones, que debian de colgarse en nuestra señora de la Escala edificada por él. Lo que hizo de todo punto completa la victoria, fué la congratulacion del papa Bonifacio IX, que confirmaba á Juan el título de rey y le dispensaba del voto de caballería, para que pudiera casarse por el bien del estado. Conociendo el rey que estaba infinitamente obligado á la madre de Dios edificó en el sitio donde se diera la batalla, una magnífica iglesia, que se tituló de nuestra señora de las Batallas, con un suntuoso convento de frailes dominicos, para que la Virgen fuese venerada allí perpetuamente.

XXV. Esta señora, que á la menor señal de gratitud acostumbra redoblar sus generosas dádivas y que intentaba hacer á aquel príncipe glorioso ante Dios y ante los hombres, le dió otra victoria no menos importante que la primera, y para manifestarle que intervenia ella, dispuso que el día de la partida fuese tambien la vispera de la Asuncion. Ve aquí cómo pasó la cosa. Habiendo bendecido Dios al rey Juan tanto en hijos dignos de tal padre como en todo lo demas que los hombres tienen por felicidad, le ocurrió aprovecharse de la ocasion de unos festejos públicos para dar el collar de la órden de Portugal en Lisboa y delante de los principes y grandes del reino á Eduardo, sucesor de la corona, á Pedro, duque de Coimbra y Montemayor, y á Enrique, duque de Viseo, los tres hijos suyos. Pero un capitán viejo sol-

tó una expresion que inflamó á estos príncipes y produjo famosos efectos, porque representaron al rey su padre no trataban de recibir aquella merced, premio de los hechos de armas mas ilustres, sin dar antes pruebas de su valor. A este fin pidieron que para ejemplo de los demas y para que nadie en adelante aspirase sin méritos á una recompensa tan gloriosa, se les permitiera pasar á Africa á conquistar la plaza de Ceuta situada en el estrecho de Gibraltar. A la sazón era esta la plaza mas fuerte que tenían los moros, los cuales pasaban de allí sin dificultad á España y molestaban sobremanera á los cristianos: hoy puede llamarse un baluarte importante de la cristiandad. El rey quedó tan sorprendido de esta denodada pretension, que no supo de pronto hacer otra cosa sino bendecir á Dios, que le habia dado tales hijos, y admirar la generosidad de ellos en tan corta edad. Pero despues de haber deliberado sobre el particular y de haberlo encomendado fervorosamente á Dios y á su guía y protectora equipó una fuerte armada, sin que sospechasen los bárbaros que iba á caer sobre ellos; y hechos todos los preparativos salió de Lisboa con los príncipes sus hijos, los grandes y nobles la víspera de la Asuncion, día para él de tan buen agüero. Salir y vencer fué casi todo uno, porque en menos de seis dias arribaron á Ceuta, dieron el asalto, mataron mas de dos mil moros y cautivaron ó hicieron huir vergonzosamente á los otros sin perder el rey mas que ocho hombres de su gente. Así ganada la fortaleza, el primer cuidado del rey fué mandar purificar la mezquita de los sarracenos para el domingo siguiente y dedicarla á la emperatriz del cielo, su guía segura y siempre vencedora. El domingo despues de la misa solemne y el sermon en acción de gracias el rey dió las insignias de la orden á sus tres hijos, que habian hecho prodigios de valor en la batalla. Fué aquella una de las mas au-

gustas ceremonias que pueden verse, y se aumentó extraordinariamente por los regocijos públicos y las aclamaciones de todo el ejército. El rey dió á cada uno de sus hijos juntamente con las insignias una espada adornada de piedras preciosas, que su buena madre la piadosa reina Felipa les habia preparado antes de su muerte acompañándola de mil bendiciones. Ademas habia hecho engastar un pedacito del madero de la verdadera cruz, para que se acordasen que habian de procurar mas propagar la religion y los dominios del Salvador que conservar ó dilatar sus estados.

XXVI. ¿Ven mis lectores para qué sirve ofrecer un corazón sincero y recto á la madre de Dios? ¿Advierten cómo esta señora favorece á tales personas, bendice sus planes y recompensa liberalmente las menores señales que dan de buena voluntad hácia ella? Pues aun hay mas, porque ha de saberse que esta madre admirable para colmo de sus favores le llevó de esta vida lleno de dias, de merecimientos y de gloria la víspera misma de su Asuncion á fin de manifestarle que lo que habia acontecido hasta entonces, no era un simple acaso, sino una providencia suya muy particular sobre él, para quien habia escogido aquel día no solo como la señal cierta de muchas prosperidades temporales, sino como una toma de posesion de la corona eterna, que le habia preparado en participacion de los goces y delicias del cielo. A la verdad María habia prevenido extraordinariamente el corazón de este buen príncipe, como es fácil de ver; pero es indecible con qué afecto cumplia él reciprocamente sus deberes. Todos los días rezaba el oficio de nuestra señora con singular devocion y recomendaba este ejercicio á todos los suyos. Dedicó á la Virgen tres iglesias soberbias, la primera la de nuestra señora de la Escala en Lisboa, la segunda la de nuestra señora de las Batallas, donde está enterrado, y la tercera la de Guimaran, lla-

mada comunmente nuestra señora del Olivo por el hermoso árbol de esta especie que crecía junto á la bóveda del coro. Parecía que el rey Juan tenía fijo allí su amor, porque en dos distintas ocasiones fué á pie desde Lisboa á visitar aquella iglesia. Despues de la derrota de los castellanos pasó á dar gracias por la victoria y ofreció tanta plata como pesaba él armado de pies á cabeza: colgó de las paredes su lanza y cota de armas, presentó diversas alhajas de platería por valor de mas de cuatrocientos mil escudos y fundó un cabildo de treinta y dos canónigos, á cada uno de los cuales señaló cuatrocientos y cincuenta escudos de renta y al obispo doscientos y cincuenta mil. Obtuvo de la silla apostólica muchas indulgencias y concedió una feria franca para toda la octava de la Asuncion en memoria de los señalados beneficios que habia recibido la víspera de esta festividad. Ve ahí cómo competían en liberalidad y magnificencia la Virgen santísima y su amado hijo Juan.

Eduardo I.

XXVII. A imitacion de este gran monarca su hijo y sucesor Eduardo I fué tan devoto de la reina del cielo y de la fiesta de la Asuncion, día siempre próspero para su padre, que no se le pudo persuadir á que eligiera otro para su consagracion, no obstante que los astrólogos y adivinos, de los cuales el principal era un judío viejo, le aseguraban que su reinado sería desgraciado si no escogía otro día. Él por el contrario se aferró en poner de su parte á la reina del cielo y obligarla por la confianza á recibirle bajo su particular proteccion. Así lo hizo la Virgen dotándole de todas las prendas que pueden hacer sobresalir á un príncipe entre sus vasallos, es decir, de hermosura y buena disposicion corporal, de fuerza, valor, talento, ciencia, elocuencia, discrecion, fama y

buen nombre, sucesion y en una palabra cuanto pueden desear los hombres, excepto larga vida, porque algunos malévolos maquinaron contra ella y le dieron muerte por medio de una carta envenenada. Contaba treinta y siete años de edad y cinco de reinado. Es de creer que aquella que se habia encargado de guiar y gobernar su vida, previendo algun tropiezo le escogió cuando ya estaba maduro para el cielo. El cuerpo de este piadoso monarca fué depositado en la iglesia de nuestra señora de las Batallas.

Alfonso V.

XXVIII. La devocion á la madre de Dios pasó como en herencia á Alfonso V, hijo de Eduardo y apellidado el africano como Scipion por las victorias ganadas y las ciudades conquistadas á los mahometanos de Africa. Fué el único que se mantuvo firme en la cruzada que el papa Calixto habia levantado contra el turco, al cual embistió el año 1438 sin llevar al principio consigo mas que veinte y cinco mil hombres. Como se habia arrojado á esta empresa bajo la proteccion de la capitana de los ejércitos de la iglesia, obtuvo señalados triunfos en muchos reencuentros. Antes de asaltar á Azella, plaza importantísima de Berbería, hizo voto á la Virgen de que si le favorecía en la conquista de aquella ciudad, haría vaciar en plata su estatua del tamaño natural á caballo y armado de todas armas, para que sirviera de ornato y monumento juntamente en alguna iglesia dedicada á nuestra señora. El resultado mostró que la súplica habia sido oída, porque tomó la ciudad sin grandes dificultades y con poca pérdida. De los enemigos perecieron dos mil y quedaron prisioneros cinco mil: el botin, que mandó repartir entre los soldados sin reservar nada para sí, montó hasta mas de ochocientos mil escudos. Inmediatamente cumplió su voto ofreciendo su estatua de plata

en la iglesia de nuestra señora de la Zarza, según había prometido. Además edificó una iglesia á María santísima bajo el título de la Asuncion, porque en tal día salió la armada de las aguas de Portugal para las costas de Berbería. Tan cierto es que este día era de felicísimo agüero para los príncipes de esta casa real. No bien llegó á Tángér la noticia de la rendición de Azella, cuando los habitantes juntando lo que pudieron de sus riquezas, abandonaron la ciudad; de modo que Alfonso entró sin disparar un tiro. No acabaría yo jamás si quisiera referir por menor todas las mercedes que alcanzó del cielo este príncipe por su devoción hereditaria á la madre de Dios. Baste decir que esta contribuyó á hacerle uno de los monarcas ilustres de que nos hablan las historias, porque estuvo dotado de perspicaz ingenio y gran facundia; fué muy amante de las letras y de los sabios, muy sóbrio en la comida y bebida, muy casto en su conducta, muy valeroso en la guerra, tardo en encolerizarse, pronto en aplacarse, afable, liberal con todos y principalmente con los pobres cautivos, de donde le vino el título glorioso de redentor de los cautivos. Yo tendría materia para hablar largamente de los otros reyes de Portugal; pero me he detenido demasiado en este reino, y nos están aguardando los demás.

S. Eduardo de Inglaterra.

XXIX. S. Eduardo, honor de Inglaterra y modelo perfecto de buenos reyes, no había salido aun de la infancia, cuando tuvo que abandonar su patria huyendo de los dinamarqueses, que á manera de un torrente habían caído sobre aquel reino. Eduardo se puso sin tardanza bajo la protección de la madre de Dios, que le recibió con los brazos abiertos y le volvió sano y salvo á los suyos después de pasada la borrasca. Aunque fué

tan manso y bondadoso, que por nada se enfadaba, tuvo tal predominio sobre sus vasallos, que no perdió ni un solo punto de la autoridad necesaria á un soberano. Por merced de la Virgen guardó perpétua continencia con su esposa y se hizo tan esclarecido en todo género de virtudes, que mereció ser agregado al catálogo de los santos.

Guillermo el conquistador.

XXX. Guillermo, duque de Normandía, fué apellidado también el conquistador por haber subyugado á Inglaterra, cuya corona llevó algunos años. En nada tenía más conato que en el servicio de la Virgen, la cual le dió infinitas pruebas de bondad y especialmente al fin de su vida, porque como padeciese sobre manera en el alma y en el cuerpo, mitigaba la amargura de sus penas con la consideración de lo que merecía por sus pecados y la confianza en la madre de misericordia. Murió después de haber hecho pública confesión de sus pecados pronunciando estas palabras: Me encomiendo humildemente á la santísima madre de Dios, mi reina y señora, para que por su intercesión vuelva yo á la gracia de su hijo mi salvador y mi Dios.

S. Boleslao de Polonia.

XXXI. ¡Qué bella y olorosa azucena fué en el jardín de la iglesia S. Boleslao, rey de Polonia! Desde la cuna profesó entrañable amor filial á la virgen María y dió diversas pruebas de él durante su vida. En consideración de sus buenos servicios recibió una joya del cielo de inestimable precio; quiero decir la virginidad, que guardó hasta la muerte, aunque casado con Cunegunda, hija del rey de Hungría. Esto le granjeó el ilustre renombre de casto.

XXXII. El rey Uladislao V, que murió el año 1444, participó cual ninguno de las mercedes y gracias de la emperatriz del cielo, y él por su parte se esmeró muchísimo en honrarla y servirla. Le dedicó varias iglesias y monasterios, y nuestra señora le hizo vencer muchas veces á los enemigos de la fé. Uladislao habiendo alcanzado una señalada victoria de los prusianos edificó en Lubin en honor de Maria un magnífico convento de religiosas del santo Salvador, por otro nombre de santa Brigida, titulándole el triunfo de la Virgen. Esta señora le obtuvo la gracia de convertir á la religion cristiana mas de treinta mil paganos, y él por no pecar de desagradecido mandó erigirle una iglesia colegial en el mismo sitio donde ellos conservaban y adoraban el fuego que no se apagaba jamás, y fundó un cabildo dotado de suficiente número de canónigos y capellanes, para que ni de dia, ni de noche no se interrumpiesen las alabanzas de Dios y de su madre.

S. Esteban de Hungría.

XXXIII. El cielo habia elegido á este príncipe aun antes de nacer, para que fuese dechado de buenos reyes é hijo amado de Maria santísima. El nombre solo de S. Esteban presagiaba las coronas que habia de llevar en la tierra y en el cielo. En diversos lugares del tratado siguiente se manifestarán los rasgos de su amor á la reina de los ángeles y de la confianza que tenia en ella: ahora solo propondré los favores y mercedes que nuestra señora le dispensó, limitándome á algunos especiales, aunque puedo decir con toda verdad que debió á ella cuanto le hizo estimable á Dios y á los hombres. Pri-

meramente si su padre el duque Geisa conoció cuál habia de ser aun antes que fuese concebido en el vientre de su madre, ¿quién dudará que fué un favor de aquella, á quien habia sido dado por hijo antes de su nacimiento? El duque que profesaba ya la religion cristiana, discurría el medio de hacerla abrazar á todos sus vasallos, cuando tuvo un aviso del cielo casi parecido al que recibiera el santo rey David; á saber, que aquel designio correspondia mas bien á un príncipe pacífico que á él, que tantas veces habia teñido su espada en sangre humana; que Dios le daría un hijo, el cual llevaria al cabo aquel proyecto; y que ese hijo seria rey en este mundo y en el otro.

XXXIV. Si su titulo de duque se trocó en el de rey, ¿quién no lo considerará como una disposicion de la Virgen, á quien S. Esteban debia de transferir su reino reservándose solamente la lugartenencia, segun diré en otro lugar? Sin embargo bueno es saber que cuatro años despues de muerto el duque Geisa, como las cosas de la religion fuesen á pedir de boca en Hungría, S. Esteban envió al obispo Austrico á Roma, para que hiciese el debido homenaje de reconocimiento al papa y suplicase á Su Santidad que diera su bendicion á la nueva iglesia de Hungría y permitiera al príncipe llevar el título y la corona de rey. Nótense aquí los designios admirables de la divina providencia sobre él. Poco tiempo antes habia acudido á Roma con la misma pretension el duque de Polonia Miesca, y ya estaba preparada la corona y el papa no esperaba mas que el dia de enviársela; cuando la noche antes de llegar el obispo Austrico hubo aviso del cielo de que al otro dia á primera hora llegarían los embajadores de una nacion extranjera con encargo de pedir el título de rey para su príncipe y bendicion apostólica para sus estados, y que no dejase el pontífice de enviarle la corona que tenia dispuesta

para otro, porque tal era la voluntad del cielo. El papa infinitamente gozoso con esta buena nueva cumplió punto por punto lo que se le ordenaba, y aun añadió nuevas gracias, porque concedió al rey el título de apóstol de Hungría y permitió que en señal de su apostolado se llevase la cruz delante de él. Además le nombró su legado *à latere* con plenos poderes para arreglar el primado, los obispados y en general todo el estado eclesiástico de su reino.

XXXV. Si el emperador Enrique buscó su alianza y se mostró muy inclinado á darle la mano de su hermana Gisela; ¿quién no se persuadirá á que este matrimonio se ajustó en el cielo y que la madre de amor, igualmente zelosa al parecer de la prosperidad de estas dos casas, fué el vínculo y cimiento de una amistad tan santa?

XXXVI. Si su estado se libró de la irrupcion de los enemigos, es indudable que fué cosa del cielo y una gracia particular de aquella á quien S. Esteban habia transferido el dominio de él y á quien tocaba por consiguiente protegerle. Muerto Enrique II, apellidado el pio, su suegro Conrado que le habia sucedido en el imperio, comenzó á enredarlo todo, y creyendo que fácilmente se alzaria con la Hungría por habérselas con un príncipe enteramente dado á la devocion armó toda la Alemania. S. Esteban convocó á los príncipes, obispos y magnates de su reino para deliberar con ellos sobre los medios que hubiera de defenderse; pero antes de convocarlos estaba ya todo arreglado en el cielo. El piadoso rey postrado ante el acatamiento de su buena madre y deshecho en lágrimas le habia manifestado que si queria entregar á las fieras la viña que ella misma habia plantado recientemente, él no podia impedirlo y solo la suplicaba de todo corazon que no se achacase esta desgracia á su poca confianza y amor;

y que si queria castigar sus culpas, descargase el castigo personalmente en él sin permitir que las ovejas fuesen llevadas al matadero para pagar los yerros de su pastor. El rey se levantó con el rostro encendido y el corazon animoso, y aunque mandó levantar gente sin tardanza en toda Hungría, su esperanza no se fundaba en brazos de carne, sino en la ayuda del cielo de que estaba cierto. ¿Cosa singular! Estando prontos para dar la batalla los príncipes y señores alemanes, recibió cada uno de ellos en particular una orden del emperador para retroceder y licenciar sus tropas; lo que se ejecutó á punto. ¿Quién pintará el asombro del emperador cuando tuvo noticia de la dispersion de su ejército? Al principio sospechó si habria sido derrotado, aunque le costaba trabajo creerlo; pero habiendo sabido lo que habia pasado, no le quedó duda alguna de que aquella era una disposicion de Dios, que protegía la causa de su contrario. Desde entonces desistió de su empresa y de todos los planes que tenia de perturbar aquella nueva cristiandad.

XXXVII. Mas digo, y es que si fué ejercitado y visitado por Dios de diversas maneras ya en una larga enfermedad que le afligió durante tres años antes de su muerte, ya en la pérdida de sus hijos y en especial de Emerico, la perla de los príncipes y el amor de todos sus vasallos, ya en otras muchas contradicciones, tengo por seguro que fué una prueba de su buena madre, la cual en calidad de maestra de los suyos, segun haré ver en el capítulo X, les muestra á veces el azote y siempre los adelanta grandemente en la virtud. No obstante como su conducta es amorosa y llena de bondad, no puede menos de dar pruebas de ello de vez en cuando aun en medio de su aparente rigor, como lo manifiesta lo que voy á decir. Durante la larga enfermedad de que he hablado, cuatro cortesanos de cuenta tocados de una es-